

Conaliteg Vamos-México

Corrupción de Estado

José Martínez Mendoza

Introducción

En los últimos años el país ha cambiado, sin embargo, hoy por hoy, en México siguen predominando los excesos de los grupos de poder. Es el caso del gobierno de Vicente Fox que no cumplió con las expectativas de una sociedad que desde décadas atrás luchaba por la transición hacia un régimen democrático. Fox enarboló la bandera del cambio como oferta política ante el hartazgo de un electorado cansado de la corrupción, pero terminó rebasado por los grupos de interés enquistados en su gobierno, haciendo de la selección de funcionarios por la head hunters una simulación. La misma campaña presidencial del guanajuatense terminó envuelta en sospechas de irregularidades financieras, que derivaron en un escándalo político cuando las máximas autoridades electorales aplicaron una multa millonaria a su partido al comprobar el uso de recursos financieros al margen de lo dispuesto por las leyes mexicanas. El mismo equipo foxista encargado de la transición percibió remuneraciones ilícitas mediante una serie de “contratos” con la Secretaría de Hacienda como si se tratara de “funcionarios” de alto nivel, y a los que se calificó desde el mismo gobierno como “aviadores” hechos por los cuales una organización política (Asamblea Democrática Nacional) presentó ante la Procuraduría General de la República (averiguación previa 1265/FESPLE/2000) una denuncia por el presunto delito de peculado.

“El amor por México” que dijeron tener los amigos y el equipo de transición de Fox fue flor de un día. Fue el clásico cliché en el que incurren quienes viven de la política. De los casi 200 foxistas que atacaron la máxima de César Garizurieta, “El Tlacuache”, quien acuñó la frase de “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”, sólo uno rehusó cobrar sus “honorarios”: Jorge Castañeda, quien no actuó por pudor o por ética política, sino porque se negó rotundamente a presentar su declaración patrimonial exigida por la

Secretaría de Hacienda a todos los “aviadores de la transición; y cosa que reiteró después el propio Castañeda, ya como candidato presidencial “independiente”, se negó a transparentar las aportaciones a su campaña por petición de sus principales “donantes”.

Lo más lamentable de los exabruptos cometidos por la nueva clase política en el poder es que la gente ha perdido toda la confianza en sus líderes. Los escándalos de corrupción están poniendo a prueba la paciencia de la sociedad más que en cualquier otro momento que se recuerde.

En su frenética lucha por el poder, Fox se propuso el cambio y confió en tener el método, los hombres y la capacidad para lograrlo. Será más que difícil ver acabada su obra, pues a la mitad de su gobierno gastó su capital político; lo peor para el país sería optar por un sucesor a su imagen y semejanza.

De su relación con Martha Sahagún, en el balance de su sexenio, se verá si ese fue su gran acierto o su gran error. La “pareja presidencial” parte de una anudada y complicada relación sentimental, que en la precepción de sus críticos muchas veces da la sensación de que se trata de un bicéfalo, donde cada cual trata de jalar la cuerda hacia su propio proyecto (político y personal), lo cual muchas veces se traduce en las contradicciones de los mensajes políticos del Ejecutivo y de la primera dama.

La señora Sahagún es un personaje que emergió de la periferia de la política que fue descubriendo, primero como la sombra y después ya junto a Fox, los códigos del poder hasta imponer su propia agenda sobre la misma mesa de trabajo del presidente. Por ello, la primera dama ha sido injuriada y denostada, lo mismo que condenada y lanzada a la hoguera de la política por su ambición desmedida de poder.

En ese afán, Martha Sahagún violentó las reglas no escritas del sistema al amalgamar en su proyecto a los sectores social, privado y público para buscar consolidar su plataforma política a través de su fundación Vamos México, sin reparar en las violaciones a la ley que esa mescolanza engendró.

En consecuencia funcionarios que buscaron granjearse las simpatías de la “pareja presidencial” por el pago de favores políticos con cargos públicos a costa del erario, incurrieron en una escandalosa operación de corrupción de Estado, como se sintetizó en el caso de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg), caso en el que se involucraron voluntaria e involuntariamente numerosos representantes y actores del más variado y más alto nivel de la administración foxista.

Y como ocurrió invariablemente entre los políticos que ambicionan el poder, sin distinción de ningún color e ideología, lo importante no son los

medios a los que se tenga que recurrir con el propósito de llegar hasta el final de la meta, lo importante es generar esa adrenalina que satisface el ego de quienes ejercen el poder con soberbia, pero que ennegrecen frente al espejo de la corrupción.

Por desgracia eso ocurrió al gobierno de la alternancia, cuyo partido siempre desde la oposición- había enarbolado la bandera anticorrupción como uno de sus principales activos.

La corrupción se incubó desde los primeros momentos de la campaña del candidato panista con los Amigos de Fox. De tal manera que no fue fortuito que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación haya aplicado una multa millonaria al Partido de Acción Nacional y que las palabras del presidente Fox sobre el financiamiento de su polémico itinerario hacia el poder se circunscribieran a un exabrupto: “me lo gasté pero no sabía de donde venía”.

A mediados de los setenta, cuando Luis Echeverría Álvarez asumió el poder, en su discurso inaugural como Presidente de la República en medio de denuncias contra de los ex funcionarios del gobierno que le precedió, lanzó una frase lapidaria: “La Corrupción somos todos”, con esto pretendió culpar a todos los mexicanos de las responsabilidades del gobierno. Esa misma actitud la asumen ahora los representantes del gobierno de la alternancia, quienes se suponían representaban el “cambio”.

En su descargo panistas incurrieron en argucias al anteponer su “falta de experiencia”, lo cual no obstó para que alcaldes como el de Ecatepec se hayan asignado salarios por encima de los que devengan ejecutivos de empresas transnacionales, o que gobernantes como el de Querétaro, decidieran cuántos ceros agregar a su nómina, mientras legisladores ejercen al mismo tiempo como abogados en demandas millonarias contra el Estado y miembros del gabinete como el secretario de Educación estén más ocupados en acumular millas de sus viajes en avión que en cumplir con la doctrina de su partido y cuya esencia política fue algún día el combate a la corrupción.

Primero fueron las toallas, después los colchones ¿y ahora qué sigue? Es la pregunta de una sociedad agraviada.

Lamentablemente la corrupción tocó a las puertas de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, una de las instituciones más nobles del estado mexicano donde se suponía la conducta de sus directivos debía regirse por la ética y el compromiso de servir en una de las tareas más importantes como la educación. El caso de Jorge Velasco y Félix un veterano impresor que antes de ingresar al sector público se había caracterizado por defender los

intereses de la industria editorial y que una vez investido como funcionario pasó a convertirse en un ejemplo concreto de los abusos del poder. El funcionario excedió en sus atribuciones y apostó todo su capital al grupo que lo encumbró en aras de congraciarse con los mismos, sin importar que para ello se arrastrara a una de las instituciones más nobles del sistema educativo como la Conaliteg.

De eso se trata esta investigación periodística que a lo largo de tres años desentrañó una de las más escandalosas operaciones de Corrupción de Estado.